

terior la ira que sentía en lo más íntimo de mi ser; no podía confesar á mi invitado que me sentía mortificada. Apenas hubo salido Peggy, declaré con un signo á Jarber de que estaba dispuesta á escuchar su relato.

Este abrió el manuscrito y me leyó lo siguiente:



CAPÍTULO IV 1

I

LA calle estrecha y solitaria presentaba á las miradas del transeunte un aspecto lúgubre y severo. La lluvia caía sobre el suelo resbaladizo y el farol de llama vacilante aumentaba el horror de las tinieblas.

En la casa, al amor de la lumbre, junto á un hogar casi apagado, escuchando los silbidos del viento en las encrucijadas, Berta sentía en el fondo del alma un estremecimiento más frío que el invierno, porque su estrella, infeliz criatura, la abandonaba ya.

Había conservado todo su valor y toda la firmeza de su voz para desear á su hermano un bien viaje. Pero, sola en su casa, exhalaba su congoja en quejas

1) En verso en el original.

y suspiros: gemía y lloraba sin consuelo.

Por deber, por honor, su hermano debía haberla protegido; pero, ¿por qué se marcha? ¿por qué la deja? Sola de aquí en adelante, la pobre muchacha vuelve en sí y se dice:—Soy una insensata. Solo hay felicidad cumplida en la otra vida.

Pensaba en su juventud sacrificada en bien del huérfano; había prometido guiarle y ayudarle. Ni un día le había faltado su solicitud; ella le infundía valor en todas ocasiones.

¿No le había calmado muchas veces las demasías locas? ¿No le había hecho volver con frecuencia al amoroso hogar? ¿No había puesto todas sus esperanzas en él, no había sacrificado por él todo su porvenir? ¿Pues por qué huía lejos de su hermana?

En el jardín, cada planta, las hojas, el césped, las flores, el agua de la fuente cristalina, los macizos de fresco verdor no habían cambiado... Y se sentía desfallecer de emoción sólo al pensar que algún día volvería.

Desde hacía mucho tiempo su hermano al entrar en casa tenía el aire distraído. Berta parecía extranjera á los ojos del hermano que ella prefería á todas las cosas de este mundo. Entonces se creía en el deber de decirle:

«Ven, debo reprenderte. ¿No me quieres ya? Te he dado en este mundo cuanto tuve. ¿Falta algo para satisfacer? Ea, dímelo, ¿qué quieres?» Con qué palabra mortificante ha herido Herberto su corazón? Berta llora, se lamenta; el hermano se ha mostrado ingrato con su hermana.

¿De modo que es verdad que Herberto ha entregado á otra su corazón? El sueño ha terminado... ¡Berta, valor! Ello había de acontecer algún día. «Por qué destino fatal mi hermano olvida de esta suerte que yo á él sólo me he consagrado y que por él he sufrido eternamente?»

En su memoria surge un recuerdo... Allí, en un país lejano un hombre bueno, amable, le había ofrecido un hogar, un amor fiel y ferviente. Berta hubiera encontrado felicidad, riqueza, alegría y salud... La buena hermana rehusó por exceso de delicadeza... Tuvo escrúpulo de abandonar á su hermano.

¿No había prometido á su madre consagrarle á él toda la vida? Y este juramento, triste fatalidad, lo cumple aún hoy, en el instante en que Herberto la abandona indiferentemente sin recordar que en la tierra á nadie debe bendecir con tanto fervor como á Berta.

«¿De qué me sirvió sacrificar á ciegas mi porvenir, mostrarme rebelde á cualquier otro sentimiento? El Señor me ha-

bía puesto en la tierra para ganar mi parte de cielo, para ser esposa y madre de unos niños sanos y gozosos.

»¡Oh! ¡cuán largo se me hace el tiempo desde que Herberto se ha ido! ¡Qué será un año si los días me parecen siglos! ¿La voluntad del Señor quiere ponerme á prueba? ¿Soy quizá yo misma la causa de todo mi mal?»

Ya clarea el nuevo día; la borrasca se disipa. ¡Huya la tristeza! Ha llegado un mensaje que Berta lee sonriendo: «Adiós, lágrimas, adiós gemidos! ya torna; Dios me lo devuelve. Ah! hermano mío, tu dulce abrazo va á calmar mi corazón lleno de congoja.»

Berta atiza la llama del hogar, la lluvia ha cesado... Al entrar Herberto, la abraza é implora el olvido de sus faltas... Berta le estrecha entre sus brazos; sus labios se apoyan dulcemente en la frente de su hermano...

Su madre les miraba desde lo alto del cielo.

II

En el taller desierto la tela reposa en el caballete; á su alrededor véense esparcidos los pinceles, todo denota la ausencia del artista.

Por el postigo de la ventana un rayo de sol se insinúa tímido y tembloroso,

como si quisiera huir, como si tuviera miedo de la calma mortal que reinaba en el taller desierto.

Berta sufre y presta oído atento; retiene la respiración temiendo que Dora vaya pronto á despertarse. La mujer de su caro hermano ha tomado á la cabecera del lecho del enfermo el sitio acostumbrado, el sitio que en tanto aprecio tuvo la hermana.

¿Por qué permanecer fuera de la pequeña alcoba donde reposa Herberto sobre su lecho de dolor?... No se atreve á ir, por más que lllore en el fondo de su corazón.

«¿No atreverse? ¡Qué locura! ¡Tales el sitio de una hermana...! ¡Corre! Quizás su débil voz intenta en vano gritar: ¡Socorro!»

Esta es la cruel vacilación que Berta experimentó desde el instante que Herberto compareció una tarde á la casa paterna con el rostro radiante de gozo, llevando á su lado á una mujer amable á quien adoraba con pasión. Pero Berta, celosa implacable, quería reinar en el hogar.

Durante las últimas fiestas de Navidad, al volver con Dora, Herberto comprendió de mil maneras que Berta sufría... Lamentó la fatal ceguera de la que tanto amaba: era su hermana. Con una sonrisa indefinible, tomó las manos

de su hermana, las estrechó entre las suyas y le dijo:

«Admiro los secretos designios del Señor. Sí, Él es quien te recompensa; nosotros te rodearemos de solícitos cuidados; así te devolveré los que me diste cuando yo era niño guiándome por las sendas del bien.»

Estas palabras tardias, aunque llenas de ternura, no apaciguaron su rencor. El fuego ardía aún bajo la ceniza. Berta sentía celos de los recién casados; su boca enmudeció; y no obstante Berta se dijo que su hermano satisfacía su deuda y que ella debía de obedecer á malos instintos.

Herberto estaba desolado; su mujer lamentaba asimismo la desgracia de haber roto la dorada madeja de la vida de su hermano. En vano se esforzaban en demostrar á Berta con sus actos y con sus palabras la mayor ternura y afectión; apenas recibían una palabra de agradecimiento en pago de su pródiga solicitud. Los tres eran desgraciados.

¡Adiós, charla regocijada á la caída de la tarde en torno á la llama del hogar! ¡Adiós, dulce divagar de la imaginación mecida por sueños de felicidad!

La ilusión de un porvenir lleno de esperanzas, ya no animaba al artista mostrándole allá, en la dorada cima, la

corona que viene á ceñir un día las sienas del genio!

A pesar de todos los obstáculos la fatalidad arrastra á los hombres. Dora se creyó en el deber de romper poco á poco y sin turbación la cadena que era el tormento de Herberto. Comprendió Berta que su presencia era molesta y perturbaba la felicidad de ambos esposos, y que quizás permaneciendo lejos le amarían más que teniéndole á su lado.

Se resignó: su único temor era el de que Herberto olvidase su arte y que su mano fuese herida de impotencia. ¡Ay! la tez pálida, los ojos turbios, un día entró Herberto enfermo en su casa. . Agoniza; Dora, junto á su lecho, llora desconsolada; lejos de él, Berta sabe sufrir.

Lo que más le desconsueta es ver que Herberto no piensa, al morir, en su hermana; porque todo le parece indiferente fuera de Dora.—¡Cómo! ¿no acudirá á su memoria la oración que de niño rezaba á la vera de su madre, de rodillas, con acento piadoso?

Al fin él la llama y murmura á su oído algunas palabras. Berta le comprende á través de sus sollozos y le jura cumplir lo que él le encomienda. Herberto, en su hora suprema acaba de suplicar á su hermana que sienta hacia

la mujer que él ama el mismo afecto, el mismo amor que tuvo para él.

Expira, y la infortunada enjuga sus lágrimas para consolar á la pobre viuda abandonada:

«—No debes llorar sin remisión—le dice;—ten confianza; para hacernos la vida, llevadera, á cada nueva aflicción Dios dispensa un nuevo consuelo».

III

En la casa muda y sombría, deslizándose de sala en sala, se ve á una sombra vagar solitaria al atardecer. En cada puerta se para un momento, intentando evocar tristes recuerdos, días de sol, risas de infancia que la hacen sonreír ó temblar.

Siempre que la mirada se pierde lejos, muy lejos, hacia el horizonte del porvenir, ansiosa de presentir la hora bendita que repara el sufrimiento y nos vuelve la salud del alma, se sufre menos que cuando se piensa en las aficciones pasadas. En este mundo la existencia no es más que un engaño que acaba con la muerte.

La sombra avanza: examina cada rincón, cada objeto; se para absorta delante del hogar, mira melancólica hacia la ventana, baja lentamente las gradas de la escalera. Desde la muerte

del joven artista ha pasado un año. El día de Navidad ha vuelto; Berta se apesadumbra y dirige sus ojos al cielo.

Ha consagrado á la pobre viuda toda la solicitud de su corazón y más de una vez ha dado pruebas de su respeto al juramento.

Pero aun es mayor el sacrificio que se va á imponer. ¿Quién lo creyera? Aquél á quien había amado, vuelve, y su mal se acrecienta.

En la primavera, como traída por la brisa, se extendió un día la noticia de que Leonardo volvía á su prometida con el corazón lleno de amor.

¿Qué ha experimentado Berta, dicha, esperanza, pena ó temor? ¿Quién lo sabe? Berta se siente desfallecer y rompe en amargo llanto.

Leonardo desembarca, acude á la casa, pide á Berta que le cuente los detalles de su fatal desgracia: hace un caluroso elogio del amigo tan caro á su corazón. Al día siguiente vuelve de nuevo: la consuela con palabras de ternura y la hace entrever, ¡oh, dulce ilusión! la esperanza de una felicidad perfecta.

Y sin embargo, Berta mira á Dora, cual intentando compartir con ella su alegría, y temiendo al mismo tiempo afi-girla con la sonrisa de felicidad que se escapa de sus labios. Pero la viuda á su

vez se entrega á sueños inesperados. Renace y se siente vivir; sus facciones se transfiguran.

Los días pasan; el estío dora las mieses y un sol brillante inunda de vida y alegría el campo y la ciudad. Junio fenece y nace Julio. Renace la alegría en la casa, donde Leonardo dispensa á ambas la más exquisita amabilidad.

Una tarde, más temprano que de costumbre, estando Berta en su cuarto, creyó aspirar el aroma del ramo de flores que Leonardo trae galantemente cada día á las dos hermanas. Estos perfumes penetrantes llegan al fondo de su corazón..

Sale precipitada y atraviesa la casa con paso ligero.

Sí, era él. Berta se detiene junto á una puerta: temblaba todo su cuerpo; oía hablar á la otra parte... y colocó suavemente la cabeza contra la pared... Era su voz... hablaba en voz baja á Dora y sus palabras eran las que inspira á un amante la pasión por el ser adorado.

Leonardo le decía:—«¡No! su hermana no podrá echarnos en cara el amor que nos une y que yo quiero legitimar. Comprenderá lo sagrado de mis sentimientos. ¡Para usted sola, Dora, será mi corazón! Muera al instante si mintiere».

—«Pero me han dicho—replicaba ella—que mi hermana en otro tiempo..

—¡Silencio! Berta no sabe amar; rehusó despiadadamente mi mano; hubiera pasado á sus pies inútilmente mi vida entera; despreció mis llantos y mis súplicas. Jamás supe lo que en mí le causó desplacer.

Al oír estas palabras, Berta, conmovida, adivinó la fatalidad. El pasado apareció horrible á sus ojos y aceptó el presente con resignación. Tal acaece al peregrino que distingue, sin haberlo presentido, un abismo en su camino, dispuesto á devorarlo.

Caía la noche triste y sombría, las estrellas temblaban entre las sombras, los faroles de la ciudad se encendían poco á poco. Leonardo y Dora gozaron en libertad de una dicha completa; pero al fin se dijeron:—Tarda Berta mucho en llegar.

Hela aquí; tranquila y serena, anima á los enamorados á hablar sin miedo. Nadie hubiera podido notar en su rostro la menor señal de aflicción. Sin enfurecerse contra la viuda olvidadiza, sin deslizar la menor alusión á los juramentos de Leonardo, aprobó con aire de alegría sus amores.

Ni uno ni otro oyeron sus gemidos, cuando de rodillas, juntando las manos trémulas, dijo:—«Yo les perdono. Yo me quedo contigo, Herberto. Bendita sea la voluntad de Dios, porque pronto

me reuniré contigo en la mansión celestial».

Cuando volvió Navidad se vió á los tres rezar juntos, de rodillas, en una iglesia; y la hermana, resignada á su suerte, sonrió y bendijo á los novios. La misma tarde, al anochecer, Berta salió de la casa para seguir un camino desconocido.

La desesperación... no, la esperanza de entregar pronto el alma á Dios y de ver el fin de sus penas, la llevan á un santuario. Pronto la más pura felicidad fulgura en sus ojos. Se siente íntimamente unida á Cristo, quien le perdona porque ha amado mucho sobre la tierra».

* * *

Aplaudí calurosamente la inspiración de este pequeño poema, y dí las gracias á Jarber por habérmelo leído. Sin embargo, me fué imposible convencerme de que esta historia diese la menor explicación de las causas porque la mansión objeto de mis preocupaciones, estaba siempre desalquilada.

¿Sería por la ausencia de Trottle, cuyas observaciones cuando estaba presente, daban interés á la conversación? ¿Sería por fatiga ó cansancio? No sabría decirlo; lo cierto es que Jarber no me produjo el efecto que esperaba;

me pareció aquella tarde haber perdido su natural talento.

En vano me declaró que el fracaso de sus investigaciones no le impediría continuarlas y que iba á multiplicarse materialmente para hacer nuevos descubrimientos. Con el mayor sentimiento observé que me hablaba con cierto dejo de indolencia, como si pareciera pensar en otra cosa.

Jarber no tardó en marcharse, aunque fuera todavía muy temprano.

Cuando Trottle estuvo de vuelta y después de haberme permitido reprenderle por su inesperada ausencia, no solamente se defendió con cierta indignación, sino que aún me declaró haberse tomado la libertad de salir exclusivamente para mi servicio; y es más, me pidió audazmente una licencia de dos días y medio, para ocuparse en un asunto que declaró afectarme y ser de sumo interés para mí.

En consideración á sus grandes servicios, me creí en el deber de acceder á su súplica y le permití que me abandonara por el tiempo indicado.

En pago á mi condescendencia, Trottle me prometió darme una franca explicación de todo lo que deseaba saber respecto á la casa misteriosa, en el término de una semana, es decir, el lunes 20 del mes.

Dos días antes del plazo convenido, envié un recado á mi antiguo amigo Jarber, invitándole á que viniera á tomar el té en mi casa.

La patrona de la casa en que vivía Jarber me dirigió una carta llena de excusas, que me hizo poner los cabellos de punta.

El infortunado padecía una fiebre espantosa, y en su delirio hablaba del matrimonio de Manchester, de aventuras fantásticas, de un enano, de tres tardes, ó con más frecuencia, «de tres citas», según decía su patrona; y todo ello pasaba en una casa abandonada, en la cual no había una gota de agua, porque no la pagaban.

Estas desagradables noticias me obligaron á contentarme con la compañía de Trottle, quien cumplió su palabra leyéndome, á ejemplo de mi amigo Jarber, unas cuartillas manuscritas, con la única diferencia de que mi criado, se había contentado con escribir, por único título, esta sencilla palabra: «Informe», sin la menor pretensión.



CAPÍTULO V

INFORME DE MI CRIADO

JAMÁS, según todas las probabilidades, habrían acaecido los extraños sucesos que han de consignarse en esta relación, si un individuo llamado Trottle no hubiese pensado, contrariamente á su costumbre, en ocuparse de sus propios asuntos.

El hecho sobre el cual éste personaje quiso, por primera vez en su vida, formarse una opinión completamente personal, interesaba vivamente á su señora y aun afirmaré que le daba algún cuidado.

En una palabra, se trataba del misterio de la casa abandonada, que estaba frente á la casa de la señora.

El criado de la señora Sofonisba, no